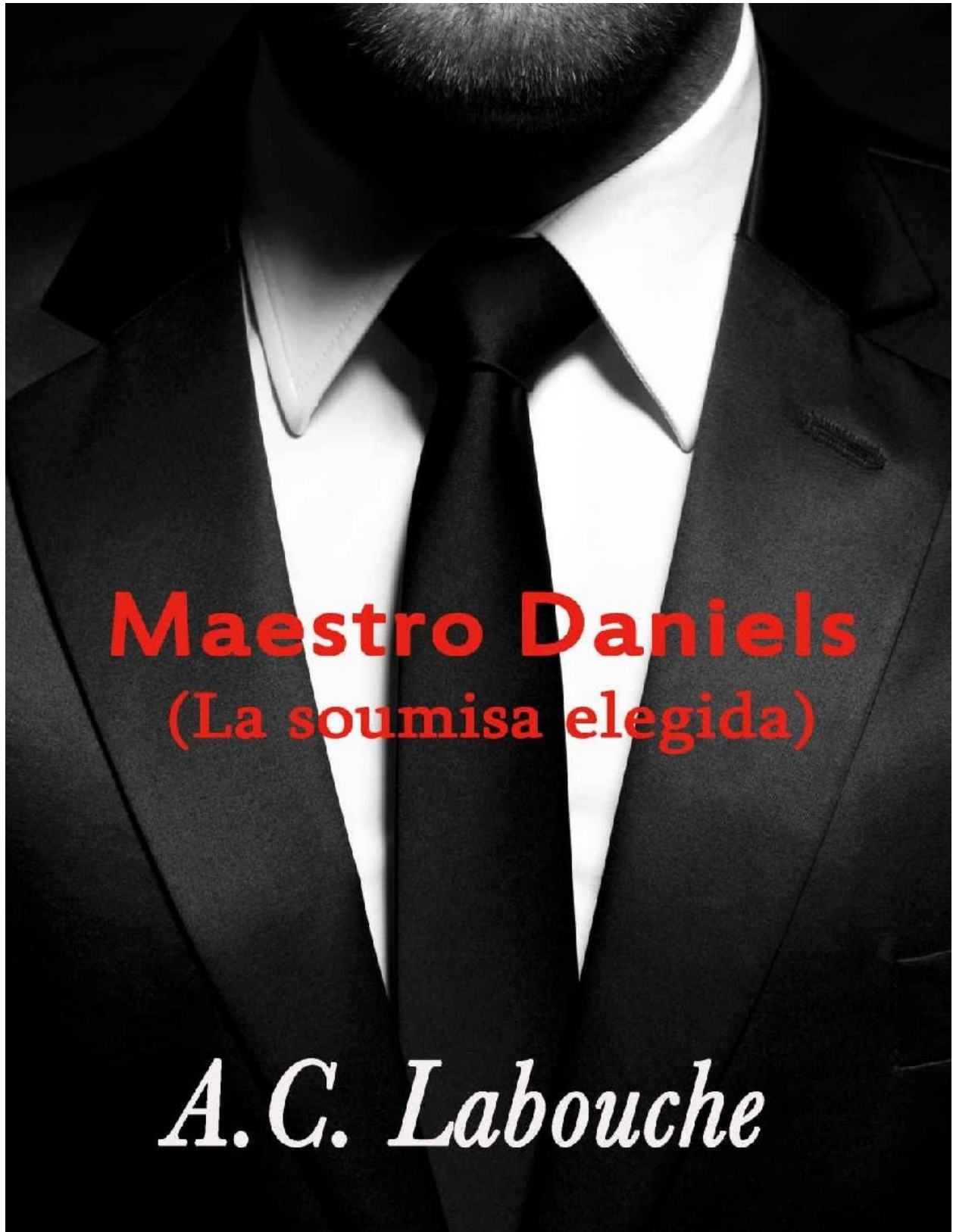




Maestro Daniels
(La soumisa elegida)

A.C. Labouche

D.J.57



Maestro Daniels
(La soumisa elegida)

A.C. Labouche

Contents

Titulo

[Titulo](#)

[Derechos del autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Fin del Tomo uno](#)

[Màs Informaciòn](#)

Maestro Daniels

La sumisa escogida, Tomo 1

Por A.C. Labouche

Copyright © 2019 LFD Books

TODOS DERECHOS RESERVADOS

Capítulo 1

Nicole terminó el último de sus fideos fríos de sésamo. Con los ojos cerrados, saboreaba el sabor helado del maní, el cual inundaba sus sentidos y calmaba sus nervios. En un húmedo día de julio en Manhattan, cuando todo el mundo

pareciera estarse derritiendo, lánguidos cuerpos se empapan en transpiración, camisas de vestir muestran enormes manchas de sudor, este era justo el tipo de comida vegetariana ligera que ella necesitaba.

Seis meses. Eso era lo transcurrido desde que había ingerido un pedazo de carne. Bueno, eso no era del todo cierto. Una o dos veces se deslizó una pieza de pollo asada en una parrillada en una azotea. Schwarma de carne una noche de borrachera en el centro de la ciudad. Pero después de esos lapsus volvió al carril.

Absteniéndose de la carne, yendo hacia el otro lado como su padre, un ranchero, hubiera dicho. No fue tan difícil como ella hubiese creído.

Se limpió las manos y sacó su teléfono. Ningún mensaje. Deseaba encontrar alguno de James. ¡Hey sexy! Ten un estupendo día. ¿Cómo van las cosas? ¡No puedo esperar a verte más tarde! Algo. Eso es todo lo que ella necesitaba, alguna señal de que él estaba pensando en ella, que no importara cuan desalentador fuese su búsqueda de trabajo actual y de cuantos muchos problemas habían tenido juntos durante el transcurso del año pasado, él estuviese aún pensando en ella, palpitando con amor y deseo por ella.

Pero no había nada. ¡A la mierda! Se dijo a sí misma. Eran las 12:55. Tenía diez minutos para regresar al trabajo. Tenía permitido tomarse una hora para almorzar —una de las pocas ventajas de su desagradable trabajo.

Una amplia sonrisa cruzó por su cara. Recordó la resolución que había tomado justo antes de salir de su trabajo. Esta era su último día. No más trabajo en ese repulsivo lugar, el cual debió ser la fachada para algo. Debería renunciar inmediatamente, en el minuto en que entró allí. 100 mesas, casi ningún cliente, un solitario chef francés. Era tan extraño.

Con los brazos desplegados ampliamente, Nicole sintió que flotaba de regreso al restaurante, una sonrisa triunfante en su cara mientras pasaba sobre la muchedumbre de peatones que caminaban arduamente, nubes borrosas moviéndose una tras otra sin echarse un vistazo, sin el menor reconocimiento de la existencia de cada otro.

Cuando apenas llegó, estuvo desconcertada de cuan fríos, distantes y desinteresados parecían ser los moradores de Manhattan.

Pero después de unos meses de retrasos de trenes, cambios extremos de clima,

viajes de Uber súper caros, terribles resacas en las mañanas domingueras, cornetas y sirenas estallando a toda hora en la noche, constantes aumentos de rentas, vecinos ruidosos, techos con goteras, ella comprendió mejor el por qué los neoyorquinos se comportaban de la manera en que lo hacían.

Fue un viaje trepidante. Tal vez demasiado trepidante para ella. Unas vacaciones en algún lugar tropical, con brisas frescas, arenas inmaculadas, aguas translúcidas y cielos claros y azules remontándose hacia el infinito era justo lo que necesitaba.

Sonrió al escuchar su teléfono sonar. Quizás era James. A lo mejor le tenía algo especialmente planeado para ella. Tal vez podrían ir a por pizza y una garrafa de vino rojo por los alrededores del lugar de St. Mark's Place. Más tarde podrían fumarse juntos un porro en el parque, besándose, acurrucándose, mimándose, coqueteándose, paseándose tomados de la mano como en los viejos tiempos. Eso es lo que solían hacer antes de que las presiones de vivir en la ciudad los derrumbaran al piso. No había con quien más desquitarse. Así que se desquitaban el uno contra el otro en ese pequeño apartamento, más parecido a un closet por el cual pagaban 1.500 \$ al mes. ¡1.500 \$ al mes, que estafa! Pero eso es lo que hay que pagar por vivir en el corazón de la acción, en el centro de la gran manzana.

Sacó su teléfono de la cartera, miró fijo la pantalla y frunció el ceño. No reconoció ni el nombre ni el número. ¿Nueva Jersey? ¿Quién podría estarla llamando de Nueva Jersey? Iba a dejar que respondiera la grabadora cuando recordó que James tenía unos cuantos primos en Nueva Jersey. El tipo de primos que raramente son invitados a las reuniones familiares. También eran el tipo de primos que te protegerían en caso de encontrarte en la salida equivocada de una deuda de apuestas con un corredor de apuestas con poco simpatía.

James se encontró a merced de uno o dos corredores de apuestas en los últimos años. Fue amenazado con cuchillos, pistolas, bates de beisbol si no pagaba a tiempo. Un corredor de apuestas lo amenazó que no iba a volver a caminar si no conseguir el dinero rápido.

Hasta ahora había sido capaz de mantener todos sus huesos intactos. Siempre fue capaz de conseguir algún dinero, estafar algunas personas, rogarle a algunas otras.

Contestó el teléfono. Pero la voz del otro lado no era la de James.

—¿Hablo con Nicole Chapman? —Dijo la voz.

Nicole tragó grueso y cerró sus ojos antes de contestar.

—Si —dijo finalmente.

—¡Hola Srta. Chapman! Le llamo en nombre de la compañía de préstamos estudiantiles Sallie Mae, con respecto a su saldo pendiente.

Cuando la llamada finalmente terminó, Nicole sintió como si la hubiesen pateado en la cabeza repetidamente, su cuerpo y alma vapuleado hasta la sumisión. ¿Cómo podría estarle sucediendo esto a ella? ¿17.000 \$? Eso es lo que todavía debía por préstamos estudiantiles. Podría jurar que el balance estaba en cero. Después de que su padre repentinamente y sorpresivamente falleciera de un ataque al corazón su madre le había asegurado que el préstamo sería cancelado con el dinero que su padre le dejaba en su testamento. Por lo cual, entendía que tanto ella como su hermana menor Jessica recibirían alrededor de 50.000 \$ cada una.

¡Qué demonios estaba pasando! Nicole sentía la urgencia de gritar, de clamar a los cielos y maldecir su destino. Justo cuando estaba al borde de tomar una decisión importante, rehusándose asentarse en ese repulsivo trabajo sin futuro y ahora se enteró que estaba hasta el cuello en deudas.

Por supuesto que había mucha gente con más de 17.000 \$ en cuentas, pero eso no la hacía sentirse mejor. Esa perra de la Sallie Mae tuvo que aparecerse y arruinar todo.

Necesitaba ponerse en contacto con su madre y hermana. Tenía que haber una completa y lógica explicación acerca de por qué aún debía tanto dinero. Iba a llamar pero se dio cuenta de que ya pasó cerca de una hora y media desde que se fue. Suspiro y sacudió la cabeza. Que maldita ironía, pensó. Ahora me preocupaba que me dispidieran de este trabajo de porquería.

Capítulo 2

—Hey mesera. Más vodka. ¡Ahora! —La voz borracha le produjo escalofríos por todo el cuerpo a Nicole. Eso es todo, se dijo a ella misma. Eso era todo lo

que iba a ser capaz de soportar.

Baja paga, sin beneficios y teniendo que lidiar con clientes borrachos. Esta no fue la razón por la cual se ajustó el cinturón y ahorró por tantos meses para asegurarse que tendría suficiente dinero para cruzar el país. Por esto no fue que su espíritu independiente del oeste la había traído a Nueva York. La gran manzana. La gran ciudad de luces brillantes. Boulder, Colorado estaba muy, muy distante. Allí es donde estaba su familia; y allí, es donde habían estado por los últimos cien años o más, construyendo un legado con el paso del tiempo.

Pero el matrimonio de sus padres comenzó a caerse a pedazos y todo cambió para siempre. Esta no fue la única razón por la cual sintió que debía de largarse de ahí, pero en definitiva fue una de las razones más fuertes.

Originalmente su familia había venido de Filadelfia hace muchísimo tiempo.

Como muchos americanos en el siglo 19, habían partido al oeste en busca de oro y riquezas. No encontraron mucho oro, ni muchas riquezas; pero si lo suficiente para establecerse y echar raíces.

Después de graduarse en la Universidad de Colorado, sabía que si tenía que pasar otro año de su vida escuchando lecciones aburridas y estudiando para exámenes sin sentido se volvería loca. Además pareciera que todas sus amigas se estaban embarazando o empleándose en trabajos sin futuro y arrejuntadas con hombres que no valían la pena.

Sencillamente eso no era la vida para ella. Desde que miró repeticiones de episodios de la serie televisiva Sexo y la Ciudad se sintió atraída por Nueva York. Todo aparentaba ser glamoroso, excitante y sofisticado. Parecía tan diferente a todo lo que ella había experimentado. Apenas llegó a la ciudad, todo era novedoso, tan lleno de vida. Estaba atemorizada pero también emocionada, nerviosa pero con una curiosidad inmensa. Predecía meses de aventura, felicidad y eventualmente amor. Todo eso sería de ella. Eso fue lo que pensó.

Eso es lo que esas primeras semanas parecían prometer. Pero ese sueño paradisíaco muy pronto se evaporó. Fue mucho más difícil de lo que pensó conseguir trabajo, mucho más difícil de lo que pensó conseguir una compañera de cuarto decente. A la final terminó por optar por un cuarto sencillo.

Afortunadamente llegó a Nueva York con algo de dinero en sus bolsillos. Pero se

le estaba acabando rápidamente. Demasiado rápido. En las últimas semanas temió revisar su cuenta bancaria por internet. Era deprimente ver como había mermado el dinero en sus cuentas, aún cuando había tratado de ser lo más responsable posible. Siempre había tarifas y cargos ocultos. Y siempre existían emergencias, crisis que enfrentar en la ciudad; y por supuesto, ocuparse de algunas cosas cuesta dinero. Mucho dinero.

No sabía que otro trabajo podía conseguir. Pero no quería preocuparse por eso. Se las arreglaría. Siempre fue buena arreglándoselas, saliéndose bien de los enredos. Eso era lo que haría. Una vez más encontraría la manera de manejar la situación por ella misma.

Siempre estuvo orgullosa de su independencia y por su habilidad de resolver problemas engañosos sin tener que depender de un hombre. Esa fue la forma en que fue criada. Una verdadera mujer de la frontera del oeste. Y a pesar de toda su bravuconería y coraje, podía sentir como la presión, el stress y la tensión comenzaba a agotarla. Ahora podía sentirlo en sus jaquecas, articulaciones adoloridas, en el amargo sabor de las resacas, tragos y cigarros mañaneros después de tratar de purgarse los fines de semana.

Ella no sabía por cuanto tiempo iba a poder aguantar esos ciclos de altibajos, llevar su cuerpo al límite de lunes a viernes y luego los fines de semana llevarlo a otros límites, despertarse el lunes y volver a repetir todo el maldito ciclo de nuevo.

Esa es la forma en que las cosas te resquebrajan en la ciudad. Nada la había preparado bien para este tipo de intensa y súper estresante modo de vida.

Últimamente había estado cuestionándose si había hecho o no la decisión correcta. Tal vez sus familiares y amigos familiares estaban en lo correcto. Tal vez debió quedarse en el oeste. Tal vez allí es donde se encontraba su corazón.

Tomó un profundo respiro y cerró sus ojos. Una nueva y excitante rejuvenecedora energía surgió a través de su cuerpo. Hacía mucho tiempo desde que ella no se sentía así de bien. Demasiado tiempo. Se contentó por sentirse así de nuevo. Ella era ambiciosa. Diligente. No tenía tiempo de sentarse a compadecerse de ella misma. Se avergonzaba de pensar lo pasiva que había sido últimamente, sólo dejando pasar los días, como un robot. Sin sentimientos ni pasión, con escasa energía en su vida.

¿A dónde iba? ¿Qué estaba haciendo? ¿Cuánto más tiempo iba a tolerar esta rutina? Levántate, ve al trabajo, revisa tu teléfono a cada rato, sal del trabajo, ve a casa, come, duerme.

Pero por supuesto estaba James. Él había estado entrando y saliendo con regularidad de su vida en los últimos pocos años. Él fue una de las primeras personas que conoció al llegar a la ciudad. Él inmediatamente la tomó bajo su ala, y no le tomo mucho seducirla. Y aún con este novio intermitente las cosas se

habían vuelto rancias últimamente. Hasta sus peleas que se tornaron tan ruidosas que en una que otra ocasión llamaron a la policía, se habían vuelto tediosas y predecibles.

Anhelaba aventurarse, hacer algo afuera en el mundo que la hiciera sentir que realmente estaba viva.

Pero primero tuvo que dejar este extraño trabajo. El restaurante poseía más de cien mesas pero jamás estaban ocupadas más de dos. El chef, un francés fumador compulsivo, permanecía sentado en una de las mesas casi todo el día con el periódico abierto frente a él, bebía whiskey y balbuceaba entre dientes.

Aparte de ella y el chef, unos cuantos hombres trajeados, grandes y fornidos quienes hablaban un idioma el cual ella presumía era de Europa oriental, rondaban dentro y fuera del restaurante, parándose en forma amenazante en la puerta de entrada.

—¡Mesera! ¡Más! ¡Ahora!

Nicole se levantó, cerró los ojos y tomó un profundo respiro. Mientras caminaba a lo largo del cavernoso salón comedor hacia la única mesa ocupada, se controló y se compuso. Apenas escasamente.

Sonrió con la mejor sonrisa fingida que pudo al regordete con cara enrojecida y le preguntó qué le podía ofrecer.

Él se lamio los labios y la miró lascivamente. Sus ojos verdes se encontraban dilatados y llenos de lujuria. Nicole sintió que se le erizaba la piel. La forma en que la miraba hizo que deseara pasar una o dos horas en la regadera, frotándose vigorosamente mientras el torrente de agua caliente le descendiera por su pálido y carnoso cuerpo.

Sorprendentemente, el cara de puerco estaba acompañado por una atractiva fémica. Alta y sospechosamente delgada, la mujer debía ser 15 años menor que él. Ella se veía tan intoxicada y tan empapada de vodka como él. Intercambiaban palabras en un idioma el cual Nicole no entendía y luego comenzaron a reír.

Cuando el cara de puerco reía, todo su cuerpo se sacudía y el sudor le chorreaba por sus regordetas mejillas hasta deslizarse por el cuello de su camisa. Él frunció el ceño y desabotonó el primer botón de su camisa de vestir. Un parche de cabello gris y rubio parecía brotar de la parte de arriba de su pecho. Nicole frunció el ceño y retrocedió un paso.

—Necesito que me hagas un favor muchachita —dijo el cara de puerco con una voz pesadamente acentuada mientras se lamía los labios y sonreía embriagadamente.

¿Sería posible que este hombre prosiguiera por más de 30 segundos sin disgustarle a ella?

Sacó un bolígrafo y una nota de papel de su bolsillo, garabateó algo en la nota y se la entregó.

—Ve a esa dirección y pide un tiramisú.

—¿Qué?

—¡Ahora!

Capítulo 3

Nicole miró la nota varias veces. 487 calle Houston. Cuando llegó al restaurant le dijo al jefe de comedor que la habían enviado a por un tiramisú. El alto y desgarbado hombre asintió con la cabeza y fijo sus ojos sobre ella. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Había algo tan frío y brutal en la forma en que la miró. Después de observarla meticulosamente, el maître desapareció en la parte trasera del restaurant. Mientras esperaba, Nicole no pudo dejar de notar que ese lugar en efecto parecía como un restaurant. Había clientes comiendo, vasos, tenedores y cuchillos tintineando, meseros moviéndose apuradamente de un sitio a otro.

—Ahí tienes —dijo—. Apúrate y regrésate para allá.

Nicole tragó grueso y asintió con la cabeza.

—Odiaría que te pasará algo —dijo él.

Cuando regresó a la calle, respiró con gran alivio. Luego miró el paquete marrón en su mano. ¿Tiramisú?

¿Qué tan ingenua pensaban que era? Lo que fuese que estaba en ese paquete, tenía el fuerte presentimiento de que no era un postre.

Había leído artículos sobre estas clases de cosas. Mulas de drogas. Para eso es que la estaban utilizando. Repentinamente su piel estallo en un sudor febril. La cabeza le dio vueltas. Se mareó. No sabía que cosa mala le estaba sucediendo.

Pareciera que el mundo entero girará alrededor de ella, una ruleta, caras coagulándose en una masa aterradora.

—¡Ah! —Chilló, apretando la caja marrón más fuerte contra su pecho, mirando fijo y sospechosamente a los transeúntes que pasaban. Tal vez eso era todo un montaje, un malvado ardid diseñado para hacerle caer en problemas.

Pero era que eso carecía de todo sentido. No tenía enemigos. Estaba enloqueciendo. Esto puede ocurrir en el calorón de Manhattan, especialmente cuando laboras en un trabajo que detestas, con un poco fiable novio intermitente y en la cima de todo te acabas de dar cuenta de que tienes un saldo pendiente de tu préstamo estudiantil. Esto era mucho para ella. Demasiado.

Nicole chilló nuevamente al sentir una fuerte y carnosa mano en su hombro.

Se dio vuelta y observo la carita sonriente de niño del oficial de policía.

—¿Señora, se encuentra bien?

Repitió la pregunta; pero todo lo que ella hizo fue mirarlo fijamente como una idiota, con los ojos abiertos de par en par, los labios temblándole con terror, mientras subconscientemente aferraba el misterioso paquete contra su pecho.

Los ojos del policía se desplazaron hacia el paquete. Ella temblaba.

—¡Que tenga un buen día señora! —Dijo, pero no sin antes echar un último

vistazo al paquete marrón que ella se apretaba contra el pecho.

Cuando estaba a menos de una cuadra del restaurant; Nicole tuvo que detener y sostenerse de una pared con la mano. Su pecho jadeaba; su cara aún estaba mojada de sudor, su cabello era un desastre, sus ojos salvajemente aterrados.

Sólo anduvo unas cuantas cuabras, pero fue tan azarosa travesía y sentía que no había culminado.

Al estirarse para alcanzar la puerta, esta se abrió abruptamente. La alta, delgada, rubia y encocainada mujer, quien había estado sentada con cara de puerco, salió del restaurant, cabizbaja, con gafas de sol que obscurecían su mirada.

Nicole se armó de valor con cada onza de compostura que aún guardaba y sonrió.

—Tengo su postre, confío no haberlo hecho esperar demasiado.

La mujer pasó aceleradamente al lado de ella como si no la hubiese visto.

Nicole volteó a verla fijamente. ¿Cuál es su problema? Se preguntaba. La mujer se detuvo en la orilla de la curva, mirando de derecha a izquierda, pero sin levantar la mano para parar un taxi.

Aparentemente, no había necesidad para ello.

Segundos después, un Mercedes Benz negro se detuvo con un frenazo chirriante delante de la rubia piernona. Ella miró a la izquierda y derecha, de un tirón abrió la puerta, entró y rápidamente cerró la puerta. El auto pasó zumbando al tráfico.

Nicole sacudió la cabeza de lado a lado y se encogió de hombros. La conducta apurada y fría de la mujer no tenía sentido. Ella y cara de puerco eran una pareja bastante singular, por lo menos superficialmente. Pero aparentaban estar divirtiéndose, disfrutando de su mutua compañía; y la mujer no aparentaba tener prisa en irse cuando Nicole les llevó su orden especial a la mesa. Tal vez el efecto del alcohol, o de lo que sea que estuvieron consumiendo los había desgastado. Tan raro, se dijo Nicole. Todo es tan raro.

Por una vez, realmente se sintió feliz de regresar al restaurant después de almorzar. Esa sensación de alivio fue rápidamente destrozada.

—¡Ayyy! —Gritó a todo pulmón.

El paquete marrón cayó de sus manos, y aterrizó en el suelo directamente sobre un charco de sangre.

Cara de puerco yacía en el suelo, con los ojos volteados para atrás de la cabeza y con sangre esparciéndose bajo él.

Le llevó casi 5 minutos al chef francés lograr que ella dejara de gritar; y le

llevó otros 5 minutos para calmar su traumatizado, tembloroso y conmocionado cuerpo.

Capítulo 4

—¿Qué sucedió? —Le preguntó al chef mientras se sentaban solos entre 100 mesas vacías.

—Vamos al baño —le dijo.

—Pero...

Nicole caminó hasta el baño como un zombi. No tenía idea de cómo procesar lo que le había ocurrido. Se miró en el espejo del baño y casi se desmaya; no podía creer lo demacrada que lucía, bolsas enormes bajo sus ojos, piel opaca, cabello desaliñado.

Abrió la llave del agua y la dejó correr por un minuto antes de su salpicarse con ella la cara.

Después de unos minutos; comenzó a sentirse un poquito mejor, sólo un poquito. Eso fue todo. La tembladera nerviosa desapareció, así mismo la salvaje y desesperada mirada de sus ojos. Tomó varias respiraciones profundas y sacudió la cabeza.

En primer lugar: ¿Cómo había terminado en esa situación?

¡Este estúpido trabajo! Una vez más su mente estaba decidida. No tenía otra opción que renunciar. Cualquier otra cosa resultaría absurda. Había algo

ciertamente incorrecto en ese lugar, siempre lo hubo. Se puso en gran riesgo ya al haberse quedado tanto tiempo allí.

Voces fuertes se escuchaban del otro lado de la puerta del baño. Se congeló.

Sus ojos se abrieron de par en par con temor. Sus manos se aferraron al lavamanos como si pendiera de un precipicio. Tragó grueso y miró más allá en el espejo, unos ojos locos, aterrados la miraban fijamente desde el otro lado del espejo. Se apartó del espejo, lágrimas brotaban de sus ojos.

No sería capaz de mantenerse en el baño por siempre. Eventualmente alguien la chequearía. Trató de figurarse que hacer. Abrió el agua.

No tenía mucho tiempo.

—¡Bang, bang!

Dos fuertes golpes dieron contra la puerta. En vez de tensarse con el miedo, el cuerpo completo de Nicole comenzó a estremecerse y temblar.

—¡Apúrate! Tenemos sitios donde ir —dijo una voz ronca.

No era la voz del francés, el acento parecía ruso.

—¡Está bien! —Gritó Nicole al ser incapaz de controlar su voz mientras sus emociones ir haciéndola jirones—. ¡Ya voy a salir!

Silencio. Esperaba una réplica. Su respiración estaba audible. Su cuerpo entero estaba cubierto por una capa gruesa de sudor. Jamás deseó ir a su diminuto apartamento tanto. Una larga ducha era justamente lo que necesitaba.

Al deslizarse el torrente de agua por su cuerpo, dejaría todas sus emociones reprimidas fluir fuera de ella. Luego se metería en la cama con James. Él sería su roca. Él la ayudaría a superar este traumático día.

Repentinamente sus ojos cerrados se abrieron: ¡James!

¿Cómo no había pensado antes en él? Él sabría qué hacer, tenía que llamarlo; su teléfono estaba en su cartera. Buscó alrededor del baño frenéticamente, yendo a

los tres W.C.

—Mierda —dijo con bajo aliento. Debió dejarlo fuera en el salón comedor.

Todo lo que quería hacer era dejarse caer en el piso enrollada en una bola y llorar hasta dormirse. Se encontraba aterrada pensando en que le harían las personas del otro lado de la puerta.

Había visto un hombre muerto. Cerró los ojos, frunció el ceño con disgusto y la imagen de la cabeza hinchada de cara de puerco surgía en su mente.

Se apresuró hacia uno de los excusados, se puso de rodillas y colocó la cabeza dentro del excusado, esperanzada que la purgara del terror que le retorció el cuerpo, se metió el dedo por la garganta para dentro y procedió a vomitar. ¡Qué completo desastre era!

Después de vomitar unos minutos, vació por completo todo lo contenido en su estómago; sintiéndose ligeramente mejor, pero continuaba atrapada. Había visto demasiado y seguramente iban a querer deshacerse de ella.

No soportaba volver a mirarse en el espejo; tenía la certeza de que lucía peor que anteriormente. Miró fijamente el techo.

—¡Rayos! —Dijo en voz alta.

Allí había una ventana; debía montarse sobre algo para poder alcanzarla, pero no sería tan...

—¡Bang, bang! —Más golpeteos fuertes en la puerta.

—Tienes un minuto y entramos. ¿Entendido?

—Sí, lo siento, denme solo un minutito más... —Nicole les rogó como mejor pudo.

Sus ojos analizaban el cuarto; era como un animal salvaje valiéndose de sus instintos más básicos desesperada por liberarse de las garras de sus depredadores del otro lado de la puerta.

¡Un bote de basura!

Corrió hacia la esquina del baño, le quitó la tapa al bote de basura, le sacó la bolsa y lo volteó. Alcanzaría justo para que llegase a la ventana. Una vez que la abriera sólo necesitaría de fuerza para subirse y salir por ella; lo cual no constituiría problema ya que mucha adrenalina corría por sus venas. Se

encaramó sobre el bote de basura el cuál se meneó ligeramente mientras trataba de alcanzar ese cuadrito que era la ventana y por el cual su curvilíneo cuerpo pasaría someramente.

Después de desasegurar el cerrojo de la ventana, la empujó y abrió. Los sonidos de las cornetas de los autos, las sirenas y voces la apresuraban. La vida normal; estaba ahí fuera. Estaba fuera la vida mundana, aburrida y predecible.

Sabía que probablemente jamás experimentaría eso de nuevo; que tal vez no tendría chance de volver abrazar y besar a alguien, James... ¿Dónde se encontraba él?

Se estaba dejando llevar, perdiendo el control de sus emociones, esto, no ayudaba en nada. Tomó varias bocanadas de aire intentando calmarse.

Cerró sus ojos. Solamente cuenta hasta tres, se dijo. Cuenta hasta tres, aférrate al borde del marco de la ventana y álzate con todas tus fuerzas.

Eso es todo lo que debía de hacer, eso era todo y sería libre. A salvo no lo estaría; tendría que huir de la gente que sabía que ella había visto un cadáver.

Gente que probablemente eran los responsables de esa muerte. Se tapó la boca para no dejar escapar un grito cuando el miedo le traqueteaba los huesos.

Esto era todo. Se estiró y aferró al marco de la ventana alzándose. Cerró los ojos, apretó los dientes y empleo cada onza de fuerza que poseía su cuerpo. Las familiares luces y sonidos de la ciudad inundaron sus sentidos. Sonrió triunfante.

Estaba casi allí, a la mitad de salir por la ventana, la cual se encontraba al nivel del callejón. ¡Sería libre!

—¡Ayy! —Gritó.

Algo le sujetó el pie. Sintió como la halaban de vuelta al baño.

Nicole pateó, se retorció, golpeó y arañó; sin ningún resultado. Cuatro hombres, con las cabezas rapadas y tatuajes que recorrían sus musculosos brazos, la rodearon. Cada uno de ellos era tres o tal vez cuatro veces más grandes que ella. Estuvo sólo a segundos de escurrirse por la ventana y salir corriendo por la calle 78, gritando como loca y aleteando los brazos desesperada por localizar un oficial de la policía.

Sólo algunos segundos aparte, pero ahora esos segundos que prometían libertad se veían muy distantes.

—¡Déjenme ir! —Dijo—. ¿Por qué me tienen las manos encima?

En respuesta los hombres sonreían altaneramente. Habían capturado su presa.

—No busques problemas y no te haremos daño —dijo uno de ellos.

—Sí, no problema, no daño —Repitió otro.

Desesperada, exhausta y sin aliento, Nicole finalmente dejó de luchar; lentamente se resignó a su destino. No le permitirían irse, tal vez nunca ¿Cómo podrían?

En toda su vida jamás temió tanto, jamás se sintió más sola y nerviosa. No quería llorar, no quería demostrar ningún signo de debilidad. Si estaban planeando hacerle cosas terribles por lo menos lo sufriría en silencio. No permitiría que la quebraran. Sin importar lo que sucediera, no les daría ese gusto.

—¿Vas a caminar o tenemos que cargarte? —Preguntó uno de los hombres.

Sus ojos se abrieron aterrorizados. ¿Se la estaban llevando algún lado?

—¡Qué! —Dijo—. ¿A dónde vamos?

Los cuatro hombres dijeron algo en su idioma y comenzaron a reír.

—¿Qué están haciendo? —Dijo al ser tomada por varios pares de fuertes y carnosas manos. Dos de ellos la agarraron por las piernas y uno entrelazo sus brazos bajo los de ella y la cargaron de espaldas.

—¡Por favor deténganse! ¿Dónde me llevan?

Segundos después todo se puso negro cuando le vendaron los ojos. Escuchó como el sonido de una puerta de auto abriéndose, sintió un suave cojín bajo ella.

La puerta se cerró de golpe.

Temía que la llevaran a un remoto lugar donde continuarían atormentándola; porque eso era el meollo del asunto. Había visto demasiado y tendrían que eliminarla.

Después de un viaje muy accidentado y lleno de baches que aparentaba no terminar nunca, finalmente se detuvieron. Por varios minutos ella respiró más fuerte que nunca.

¿Por cuánto más tiempo le iban hacer estar allí atrás sentada, qué había hecho para merecer ese trato?

Las puertas traseras se abrieron. Unos fornidos brazos la sacaron de la furgoneta; alguien le retiró el vendaje. La luz inundó sus ojos, ella los cubrió, pestañeo varias veces, miró a su alrededor. La sorpresa iluminó su cara.

—Sí, te trajimos a casa —dijo un hombre calvo y barbudo.

¿Qué estaba sucediendo, por qué la habían traído a casa?

—Estaremos afuera de su apartamento toda la noche. No se le ocurra tan siquiera pensar en escapar.

Capítulo 5

Nicole dirigió a la ventana y observó abajo la calle congestionada. El mercedes negro en el cual la habían lanzado y arrojado, continuaba aparcado frente a su edificio. Dos fornidos matones ataviados en trajes oscuros y gafas de sol que les oscurecían sus aterradoras miradas estaban plantados con los brazos cruzados contra el pecho.

Tembló y retrocedió alejándose de la ventana, rápidamente cerró las persianas. No tenía ni la menor idea de cómo salir de esa situación. Se sentía atrapada e indefensa. ¿Dónde diablos estaba James? Cuando realmente lo necesitabas, cuando realmente necesitaba su hombro para llorar y sentir apoyo nunca estaba ahí.

No había muchos lugares donde podría estar un jueves a las 7:00 p.m. No estaba trabajando. No había conseguido un lugar donde tocar fijo desde hace bastante tiempo. Había sido forzado a alimentarse de sobras; tomando empleos a destajo, vendiendo los derechos de su trabajo. Aún cuando lograba un trabajo grande por unos cuantos miles de billetes se despilfarraba el dinero en cuestión de días soltando un torrente de frustración acumulada en meses. Toda esa humillación, enfado y rabia que hervía dentro de él demandaba un escape inmediato, extravagante y costoso.

Cuando Nicole preguntaba donde se había esfumado todo el dinero, siempre salía con una u otra excusa. Por supuesto que también admitía haber bebido un poquito.

—¿A dónde fue a parar el resto? —Preguntaba ella.

Él miraba para otro lado, delatándose por mentir, avergonzado por lo que hizo. Jamás fue un buen mentiroso. Siempre fue un sujeto lleno de defectos pero confiable y honesto quien no podía ocultar sus emociones. Miraba para otro lado, se sonrojaba y tornaba rojo.

Nicole siempre encontró realmente adorable ese rasgo de su personalidad. A esta hora de la noche, en este día de la semana, definitivamente se encontraría tomando, lanzándose tragos y traguitos; en el Bar Goines o en el Brickhouse indiferentemente, gorroneando tragos y cigarrillos; jurando que iba a encontrar un gran trabajo, que estaba por llegarle dinero para pagar de vuelta sólo en cuestión de días.

Todos sabían que mentía. Por supuesto que ya habían escuchado eso antes. No era el único vago que haraganeaba allí; sólo que era más carismático que el resto, uno que siempre lograba que alguien le escupiera unas monedas, unos

cuantos tragos y fumadas; y si se sintiese algo salvaje, desquiciado, fuera de sus cabales, tal vez, algunas inhaladas.

Nicole paseaba de un lado a otro de la habitación. No podía acordarse de haberse sentido tan ansiosa y desesperada.

Acababa de perder su trabajo, su novio desde hace tres años ausente en su tercer aniversario, la noche que había esperado desde hace tanto tiempo.

Permanecía atrapada en su apartamento...

Era como algo salido de una película, aunque lo hubiese visto en pantalla se hubiera cagado del miedo. El estar actualmente viviendo eso era inimaginable.

Deseaba poder acostarse por una hora, abrir los ojos y que todo estuviese de vuelta a la normalidad. Pero sabía que esto no iba a suceder. Miró sus brazos, aún podían verse las marcas, las huellas de los dedos de esos rufianes bien vestidos que la maltrataron.

Todavía escuchaba sus voces, aún podía oler en sus alientos los cigarrillos, whiskey y brutalidad.

Sin saber que más hacer, se le envió unos pocos mensajes de texto a James:

—¿Dónde rayos estás? ¡Imbécil!

Lo mejor sería probable y simplemente sentarse en el sofá, tal vez encender la televisión; o abrir su Kindle, leer un libro, sumergirse en una historia. Pero no había forma en que fuese capaz de concentrarse en algo.

No era del tipo fumadora o bebedora; pero en aquel momento le hubiese venido bien un poco de cerveza, vino, vodka o algo de hierba; cualquier cosa que le calmase los nervios con tal de sacarse de mente la trampa en la cual había caído.

Y eso fue lo que sucedió. Cayó en una trampa. No podía explicarse que fue lo que hizo mal. A ella le dieron instrucciones para buscar el paquete. Ella hizo exactamente lo que querían; y ahora la mantenían como rehén. Esto no tenía sentido para ella.

Su teléfono comenzó a repicar.

Jadeó y alzó su mano hacia el pecho. El corazón lo sentía como si se le fuese a salir por la garganta. Realizó varias respiraciones profundas, nerviosas, frenéticas. Cerró sus ojos e hizo su mejor esfuerzo por calmarse y recobrar la compostura. No sirvió de nada.

Dejó el teléfono repicar y repicar, ni siquiera se atrevía a verle la pantalla. No quería saber quién llamaba. No deseaba hablar con James por teléfono. Quería que él estuviese ahí. ¡Qué imbécil! ¡Qué imbécil tan poco confiable!

Pero era su imbécil, hubiese amado el tener sus brazos a su alrededor, su pecho para descansar su cabeza. Aunque estaba furiosa con él, su compañía habría sido mejor que esa terrible soledad. Si, cualquier cosa habría sido mejor

que eso.

Sentía como si esperara a que la guillotina cayera sobre su cuello; o tal vez sólo a que los matones atacaran su apartamento. No la engañaban sus denotados trajes, no había clase ni sofisticación en ellos. Eran unos brutos perros de Europa Oriental y de alguna manera ella logró enredarse con ellos, quedando atrapada en una red de mentiras, engaños y muerte.

Había sido poseída por días, semanas, meses, y hasta tal vez años; tal vez por el resto de su vida por avistar a cara de puerco yaciendo en un charco de sangre, con los sesos volados por la parte trasera de la cabeza.

Quién sabe cuánto tendría que andar en terapia tratando de lidiar con eso, tratando de reconciliarse con lo que vio.

Pero eso no funcionaría, no para nada. Para acudir a terapia tendría que decirle a alguien, revelar lo que vio; ser una soplona.

Había sido resguardada por muchos años, nunca realmente expuesta al lado crudo de la vida. Pero conocía lo suficiente como para entender que debía mantener la boca cerrada, y reconocía hasta más que eso. Estaba al corriente de que existía muy poco chance de que la dejaran ir. ¿Por qué confiarían en ella?

Para el momento en que finalmente se calmó, el teléfono había dejado de repicar. Tomó otros varios respiros y caminó a él. Sólo unos pasos más allá, casi a un brazo de distancia, se detuvo a la mitad de la sala y cerró los ojos.

—¡Knock, knock!

Un puño golpeó airadamente la puerta.

Saltó al aire del susto, cruzó los brazos contra su pecho. Se encontraba entre el teléfono y la puerta. Realmente no quería mirar el teléfono; y, tampoco, quería dirigirse a la puerta.

—¡Knock, knock!

—¡Abre o pateo la puerta y entro!

Miró de vuelta hacia la ventana.

Estaba atrapada, arrinconada. Esto podría ser el final para ella. Venían a matarla, a torturarla, a romperle los huesos, a empaparla en gasolina y prenderla en llamas. No había forma de relatar lo que esos sádicos bastardos le harían.

Había visto demasiado. Sabía demasiado. Y no se encontraba segura de lo que había visto y muchísimo menos de lo que sabía. Pero eso, no les importaría a ellos. Mientras estuviese viva sería una responsabilidad para ellos.

Dos fuertes golpes sonaron contra la puerta.

—¡Voy en seguida! —Vociferó ella sin pensar realmente en ello, sin darse cuenta de lo que realmente implicarían sus palabras. Necesitaba ganar tiempo.

No era religiosa, pero se persigno y rezó una corta oración. Realmente podría utilizar cualquier clase de ayuda posible.

Capítulo 6

Abrió la puerta y casi se desmaya al clavar su mirada en un par de hermosos ojos verdes. Él medía 1.90 m, esbelto, vistiendo un exquisito traje entallado. Sus afilados ojos la cortaban.

Ella tragó grueso y lucho por mantener el contacto visual.

—Mi nombre es Sr. Daniels —dijo el hombre—. Hasta hoy usted era empleada en uno de mis restaurantes. ¿Es eso correcto?

Nicole tragó grueso nuevamente. Sintió su cara sonrojarse, todo su cuerpo calentándose. Asintió que sí.

—Quisiera entrar por un momento. ¿Estará eso bien para usted?

Dejó al deslumbrante e intimidante hombre entrar a su modesta morada.

Jamás hubiese dejado entrar a esos rufianes, se habría resistido con cada onza de su energía, pateando, gritando, rasguñando, arañando, arrancando. Lo que fuera

que hacer para defenderse lo hubiese hecho.

Pero con este Sr. Daniels no se hubiese atrevido hacer nada de eso. Su energía era completamente diferente. Ella ya se veía entregada a él. Sabía que haría cualquier cosa que él dijese. Pero debía luchar en contra de ese impulso. No quería entregarse. No podía entregarse.

—¿Desea tomar algo? —Dijo ella con el cuerpo temblando.

—No, gracias. ¿Por qué no se sienta en el sofá y permítame explicarle el por qué estoy aquí?

Nicole sumisamente asintió y se sentó.

—No voy a entrar en detalles ahora —dijo el Sr. Daniels—. Pero efectivamente estoy cerrando el restaurant de inmediato... Me imagino que no tendrá muchas opciones en términos de empleo. ¿Es eso acertado?

Nicole asintió.

—Y supongo que va a necesitar dinero para pagar la renta aquí. ¿No es eso correcto?

—Sí —dijo Nicole incapaz de forzar otras palabras fuera de su boca.

—Muy bien. Me gustaría hacerle una oferta.

Capítulo 7

Tres meses después.

Nicole se apresuraba por la calle y se abría paso entre la muchedumbre de peatones. Se encontraba unos minutos demorada y estaba desesperada por llegar a la oficina antes que el Sr. Daniels. No podría soportar el decepcionarlo.

Entró en el edificio de la calle 43 jadeando. Después de mostrar brevemente su identificación al guardia de seguridad, brincó al elevador y subió hasta el piso 17.

Entró a través de un par de puertas de vidrio transparente.

Únicamente estarían en la oficina ella y el Sr. Daniels hoy.

Dejó caer su cartera en el suelo y se sentó en su escritorio.

El Sr. Daniels se encontraba en su oficina y aparentaba haber alguien con él ahí. Nicole abrió un documento en el archivo de su computadora y reviso todo el horario de su jefe. No existían reuniones pautadas para esa hora. No había nada fuera de lo común para él tener ese tipo de reuniones de las cuales no le decía nada. Pero ese tipo de reuniones usualmente involucraban mujeres, las cuales muy raramente eran de socias de negocios.

Bueno no en el tipo de negocios inmobiliarios del Sr. Daniels, billonario antes de los cuarenta años.

No, la mayoría de sus transacciones con mujeres eran de naturaleza romántica o sexual.

Nicole volvió súbditamente a la realidad al escuchar la puerta de la oficina del Sr. Daniels abrirse.

Se acomodó en su silla y comenzó a teclear. No quería que pensase que ella le prestaba atención a lo que él hacía en su oficina.

Una mujer alta y delgada luciendo gafas de sol salió contoneándose de la oficina. Pasó al lado del escritorio de Nicole sin decir una palabra. No dijo nada, pero Nicole juraría que la mujer sonrió maliciosamente al pasar al lado suyo.

Veamos cuanto le dura esta, se dijo así misma. Otra jovencita más que cree que ella será su única mujer. Sacudió la cabeza con disgusto.

En los solo tres meses que trabajaba en su oficina, Nicole había visto más de un puñado de mujeres entrar y salir en la vida del Sr. Daniels. De alguna manera él conseguía convencerlas de que serían las que lograras que él sentara cabeza.

Pero eso era tan sólo un juego para él. Una vez que se daba cuenta que se habían tragado la mentira; perdía todo el interés de proseguir con ellas.

De darse cuenta que todo lo que deseaba era un reto, tal vez ellas habrían tenido un chance con él, se dijo a sí misma. ¿Pero que le importaba eso a ella?

Jamás le comentó nada a su jefe acerca de su forma de perseguir mujeres, y prefería mantenerse personalmente. Por supuesto, jamás tampoco se lo comentó a esas mujeres.

—¡Nicole!

Ella saltó de su silla sorprendida. Él la llamaba desde el otro lado de su oficina. Ese enfado en su tono de voz no le era familiar. Se alisó la falda, se colocó un mechón de cabello tras la oreja y se preparó para caminar a su oficina.

¿Qué lo habría enfadado? Se preguntaba. No puede ser algo que yo haya hecho. ¿O podría serlo?

Cuando entró a la oficina del Sr. Daniels, estaba tecleando furiosamente en su computadora, apenas notándola.

Ella estuvo parada en el medio de la espaciosa oficina con los brazos colgándole a los lados sin gracia. Sabía que era mejor mantenerse pacientemente con la boca cerrada en esos momentos.

Finalmente el Sr. Daniels retiró su vista de la computadora. —Por favor siéntate. Me disculpo por haberte hecho esperar.

Nicole sonrió e hizo lo que se le ordenó.

Su corbata estaba suelta y los dos primeros botones de su camisa sueltos. Para ser tan temprano ese día, se veía bastante estresado. Ella se preguntaba que estaría yendo mal.

—Las cosas están un poco frenéticas en la ciudad ahora —dijo él recostándose en el espaldar de su silla y viendo por la ventana—. Creo que necesito ausentarme por unos pocos días próximamente.

Tenía una mirada lejana en sus ojos.

—Es que no puedo soportar Manhattan en verano —continuó él frunciendo el ceño—. Hace demasiado calor y hay demasiada gente.

No era inusual que el Sr. Daniels a veces se tomará unas mini vacaciones y dejara a Nicole encargada. Confiaba en que ella manejaría las cosas en la oficina

y siempre lo cumplía.

—¿Qué piensas de esto? —Le preguntó—. ¿Crees que necesite alejarme por unos cuantos días?

—Si claro, siempre es bueno alejarse por unos pocos días. Siempre regresa muy fresco de sus viajes y no me importa manejar las cosas de la oficina mientras usted no está.

El Sr. Daniels fijó sus ojos verdes en ella y le sonrió seductoramente. —Pero no te voy a dejar sola esta vez...

Nicole se encontraba confundida. Permaneció callada y dejó que continuara.

—Voy a mi casa de veraneo en los Hamptons por los próximos pocos días, y me gustaría llevarte conmigo. ¿Qué opinas de eso?

Los penetrantes ojos verdes del Sr. Daniels estaban clavados en ella.

Nicole sintió excitación y nerviosismo acechando a través de su cuerpo.

Bajó sus ojos y ríó nerviosamente, sentía como su cara se sonrojaba; no sabía cómo responder esa pregunta. Pero tal vez no se trataba del todo en una pregunta; tal vez era su forma de cómo decirle que hiciese lo que él quería o lo lamentaría de lo contrario.

Ejecutó varias respiraciones y trató de recobrar la compostura; luego lentamente alzó la mirada.

—¿En serio Sr. Daniels, me está pidiendo realmente que vaya con usted?

Él sonrió vagamente, apercibidamente disfrutando observar cómo se perturbaba, disfrutando su incomodidad. Su inquietud le reforzaba su sensación de poder y dominación.

—Bueno, siempre podría contratar a alguien más que anhele viajar a los Hamptons el fin de semana.

—Pero... no sé, no creo tener ropa adecuada para lucir en todas las fiestas, y...

La interrumpió moviendo la mano. Después se cubrió la boca al reír.

Nicole estaba avergonzada, sintió haber dicho algo estúpido pero no sabía el que.

—Me voy para alejarme de las fiestas y eventos sociales. De interesarme en eso me quedaría en la ciudad.

Nicole continuaba confundida. ¿No quería llevarla a eventos sociales?

¿Entonces para qué quería que fuese, cuál era el punto? Podía ver que tenía algo planeado.

—Me voy para allá para relajarme. Para alejarme de la ciudad y toda la gente que veo durante la semana; pero también tengo trabajo que hacer, es por eso que deseo que tú vengas conmigo.

No había duda de que Nicole quería ir. Su mente comenzó a irse a la deriva y a soñar despierta acerca de la hermosa casa que poseía el Sr. Daniels en la isla.

Pensaba acerca de lo maravilloso que sería ser mimada por unos días.

El miedo y la ansiedad que sintió minutos antes se alejaban lentamente.

Emoción y expectación surgían de su cuerpo.

—Sí Sr. Daniels, pienso que será muy divertido y me encantaría ir con usted a los Hamptons.

Él se reclino contra el respaldo de su asiento y sonrió ampliamente, lleno de confianza y auto satisfecho. — ¿Y qué le dirás a tu novio?

La miraba fija y directamente, como si intentará perforar un agujero en su cráneo para descubrir que pensaba.

Nicole inclinó la cabeza y se sonrojó de nuevo. ¿Cómo pudo olvidarse de James? No habría manera en que él aceptara que ella fuese a pasarse tiempo a solas con su buen mozo y billonario jefe. Ya se encontraba celoso por ella trabajar ahí. Le haría muchísimas preguntas para darle a saber que no estaba conforme con que ella pasará todo el día alrededor de un hombre tan poderoso y atractivo.

—Él se va al medio oeste a visitar a sus padres por el fin de semana —Nicole mintió. —No le importará que me vaya en viaje de negocios.

Sr. Daniels estaba seguro de que mentía, pero no le molestaba en lo absoluto.

Sacó a relucir una sonrisa triunfante y la miró lujuriosamente. Nicole temblaba y sacudía con excitación.

Cuando retornó a su apartamento horas después, James no se encontraba allí.

Comenzó a empacar su bolso para el fin de semana. Agarró unas cuantas faldas veraniegas, un par de trajes de baño, y varios pares de sandalias. Sin pensarlo, empacó el par de pantis de encaje más sexys que tenía. No era que planease ponérselas, pero el sólo tenerlas con ella le hacían sentir más sexy y deseable.

Al terminar de empacar, escuchó la puerta delantera abrirse. Unos minutos después entró James a su dormitorio.

—¡Hey nena! —Dijo retirándose su chaqueta deportiva.

Notó que estaba empacando un bolso de viaje. Se quedó viéndolo fijamente por unos pocos minutos. Cuando finalmente la miró, su cara se marcó con recelo y preocupación. Tragó grueso antes de decirle algo. Sus ojos marrón ámbar se colmaban de preguntas.

—¿Qué es todo esto nena, tu madre se encuentra enferma nuevamente?

Nicole dejó de empacar. Se mantuvo cabizbaja. No se encontraba segura de cómo responder esa pregunta. En su camino a casa, intentó inventarse diferentes razones con las cuales podría justificar su viaje de fin de semana. Pero ninguna de esas razones pensó que serían buenas.

Suspiró y continuó empacando. Sería mejor que aparente que no deseo hacer eso, pensó. De pasó realmente no quería. Tengo que...o lo lamentaré si el sr.

Daniels encuentra alguien para remplazarme.

—Mi jefe tiene un montón de eventos planeados en los Hamptons esta semana. Me dijo que debía ir con él.

—¿Pero pensé que iríamos a tu lugar italiano favorito allá en la Villa este fin de semana, hice las reservaciones tres semanas atrás?

Nicole había olvidado por completo esa reservación para cenar. Podía ver el dolor en sus ojos. En los últimos tres meses, él había estado haciendo lo posible para reconciliarse con ella de la mejor manera. Ella en efecto comenzaba a

sentirse capciosamente optimista sobre las oportunidades de que las cosas funcionasen mejor entre ellos. Pero más temprano ese día, algo le sucedió en la oficina del Sr. Daniels.

Realmente le estaba mintiendo a James y no soportaba volvérselo hacer. —Lo siento cariño, pero si no voy podrían despedirme y ambos sabemos cuánto necesito este empleo.

Por los próximos minutos se sujetaron el uno al otro sin emitir palabra.

Finalmente James le pasó la mano por sus cabellos y la miró a los ojos.

—Lo entiendo nena, simplemente estaré solo aquí sin ti, eso es todo...

Nicole sonrió y lo besó en los labios. —Solo me ausentaré por unos días. De seguro estarás bien sin mí.

Esa noche Nicole luchaba por quedarse dormida. Se estaría reuniendo con el Sr. Daniels en el centro de la ciudad. Tomarían su auto privado hasta los Hamptons. Quería estar fresca y lista para salir en cuanto llegara la mañana. Lo último que necesitaba era aparecerse agotada y exhausta. Pero el sueño no le llegaba con facilidad. Se la pasó revolviéndose en la cama, debió ser la culpa lo que no le permitía dormir., o tal vez, lo que temía pudiese suceder en los próximos días.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, Nicole despertó ante el sonido producido por James preparando el desayuno. El aroma del café, tocino, y huevos impregnaban el apartamento. Se incorporó de la cama y frotó sus ojos. Miró el reloj; marcaba las 6:37.

Tenía suficiente tiempo antes de lo previsto para encontrarse con el Sr.

Daniels. Aún se encontraba cansada y consideró volver acostarse a dormir, pero justo en cuanto iba a cerrar los ojos entró James sosteniendo una bandeja con el desayuno.

—¡Despierta bella durmiente! —Le dijo—. Te he preparado el desayuno.

Colocó la bandeja en la mesita de noche, se inclinó y la besó. Nicole sonrió.

—¿Por qué hiciste todo esto por mí cariño? —Preguntó ella.

—Porque quise asegurarme de que ingirieras una buena comida antes de partir a los Hamptons.

—Gracias bebé.

—Y si tu jefe te da algún tipo de problemas... —James se pausó y la miró en forma indagadora... Me lo haces saber y saldré inmediatamente a traerte de vuelta a casa.

El proteccionismo de James la hizo sonreír.

—Estoy segura de que todo va a estar bien, son sólo negocios.

—Pero con tipos como ese, uno nunca sabe, quiero que tengas cuidado y si pretende algo... —James nuevamente hizo una pausa y mirándola fijamente al ojo dijo—. Algo inapropiado, quiero que me llames de inmediato.

Nicole tomó su cara en sus manos y lo besó lentamente. —Eres tan dulce, pero estoy segura que estaré bien.

El teléfono de Nicole comenzó a repicar. Apartó a James y lo alcanzó.

Era el Sr. Daniels. Observó la pantalla por pocos momentos, tratando de figurarse que hacer. No sabía qué hacer, si ignorar la llamada y esperar a llamarlo después o salirse de la cama y tomar la llamada en la sala.

Podía sentir a James observándola intensamente mientras lograba decidir qué rumbo tomar.

—¿No vas a contestar? —Le preguntó.

Finalmente lo hizo. —¡Hola Sr. Daniels! ¿Cómo está?

—¿Estás casi lista? —Preguntó él.

—Jumm, pero pensé que no partíamos hasta las nueve; son solo las 6:45.

—Cambio de planes quiero ganarle al tráfico del fin de semana. Necesitamos salir lo antes posible.

—Está bien, me estoy levantando de la cama justo ahora. Estaré allí lo antes posible.

—Date prisa —dijo y después colgó.

Nicole no podía creer que hubiese sido tan cortante. ¿Qué es lo que le pasaba?

No estaban aún en la carretera y ya estaba molesto con ella. Creció su ansiedad y nerviosismo. ¿Cómo iba a ser capaz de poder lograr pasar todo el fin de semana con un hombre tan exigente?

—¿O sea, ya te está atropellando? —Dijo James.

Nicole no soportaba verlo y volteó la cabeza.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo James.

Él se levantó de la cama y camino fuera del cuarto. Nicole lo siguió con la mirada.

No tenía idea de lo que estaba haciendo o en lo que se había metido.

Arribó a la esquina de la calle Lexington con 46 sin aliento y aún cansada.

Vio un taxi negro esperando fuera del lujoso edificio de apartamentos. Al acercarse al auto, el conductor, ataviado en un traje negro, salió del auto. Dio la vuelta al otro lado y abrió la puerta después meneó la cabeza en señal de saludo.

—Buenos días Srta. Chapman, soy el conductor de Sr. Daniels. Por favor, entre.

Nicole sonrió, agachó la cabeza y se metió en el auto. Un hormigueo de emoción y temor la recorrió. No aguantaba las ganas de ver la cara de su jefe, sus

penetrantes ojos verdes. No aguantaba las ganas de comenzar su fin de semana juntos.

Pero cuando se montó en el auto no había nadie más en el asiento trasero. Por unos pocos momentos revisó a su alrededor confundida. ¿Dónde estaba él, por qué le dijo que se apresurara si ni tan siquiera se encontraba en el auto?

Se tornó muy nerviosa.

El conductor regresó al auto y dio un portazo.

Preguntas zumbaban en su cabeza. Al conductor entrar en el tráfico, ella no pudo contener la curiosidad.

Golpeó el vidrio que la separaba del conductor. Él toqueteó un botón y su voz fluyó a través de un altavoz ubicado en el asiento trasero.

—Sí Srta. Chapman. ¿En qué puedo servirle? —Le dijo.

Nicole tanteaba en cuanto a la manera correcta de obtener información por parte del conductor pero finalmente decidió espetarlo.

—¿Dónde se encuentra el Sr. Daniels, pensé que estaría aquí, vamos a ir a recogerlo? —Le dijo sin respirar.

—El Sr. Daniels se encuentra ya en su destino. Espera su llegada anticipadamente. ¿Alguna otra pregunta?

Ella suspiró y se sentó de vuelta en su asiento. Sr. Daniels ya jugaba con ella.

Fin del Tomo uno

Para más información sobre A.C.

Labouche, visite su sitio web:

<http://aclabouche.wordpress.com>

Document Outline

- [Capítulo 3](#)